

2 No te contentes con decir: *yo lo quiero*; ten el gusto de poder añadir: *así lo he hecho*. Todo lo que has leído hasta aquí es una prueba segura de que ahora tienes en tu mano la gracia; correspondela sin dilacion, y da principio á esta correspondencia por la modestia y la atencion en el oficio divino y en tus oraciones; por la devocion en la misa; por el respeto en el templo y en todos los actos de religion, diciéndote á tí mismo, siempre que suene el reloj, aquellas devotas palabras de David: *Dixi, nunc cepi: hæc mutatio dexteræ excelsi*. Hoy lo dije, y hoy lo ejecuté por la gracia del muy alto; en este dia he comenzado á vivir cristianamente.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

LA CONSAGRACION DE SAN BASILIO, obispo, en Cesaréa de Capadocia; el cual en tiempo del emperador Valente resplandeció maravillosamente por su doctrina; sabiduria y todo género de virtudes, y con una admirable constancia defendió la Iglesia contra los arrianos y macedonianos. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ELISEO, profeta, en Samaria de Palestina, de cuyo sepulcro huian los demonios; según escribe S. Jerónimo. Allí está enterrado tambien el profeta ABDIAS. (*Véase la historia de S. Eliseo en las de hoy, y la de Abdías en las del 19 de noviembre.*)

SAN MARCIANO, obispo, en Siracusa, consagrado por el apóstol san Pedro; el cual despues de haber predicado el Evangelio fué martirizado por los judíos.

LOS SANTOS MÁRTIRES VALERIO Y RUFINO, en Soisons; los cuales en la persecucion de Diocleciano, despues de crueles tormentos fueron degollados por mandato del prefecto Ricioyaro.

LOS SANTOS MÁRTIRES ANASTASIO, presbítero, FELIX, monge, y DIANA, virgen, en Córdoba. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN METODIO, obispo, en Constantinopla.

SAN ETERIO, obispo, en Viena (en Francia.)

SAN QUINCIANO, obispo, en Rodas.

SAN BASILIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

SAN Basilio, aquel portentoso varon que mereció el epíteto de *S Grande*, tan eminente en erudición y en sabiduria, como adornado de todas las virtudes, nació en Cesaréa de Capadocia hácia el año de 328. Fué hijo de S. Basilio y de Sta. Emilia, nieto de Sta. Macrina, hermano de S. Gregorio Niseno, de san Pedro, obispo de Sebaste, y de Sta. Macrina la moza, á cuya

gran santidad confesaba el mismo S. Basilio haber debido, así él como sus hermanos, la resolución de abandonarlo todo, y retirarse del mundo.

Habiendo nacido de padres tan virtuosos, y en el seno de una familia tan santa, fácilmente se deja discurrir el cuidado con que le criarian. Luego que supo hablar dió claras muestras de su noble índole y de su apacible natural; sus preguntas, sus respuestas y sus prontitudes dieron luego á conocer la penetración y la vivacidad de aquel prodigioso ingenio. Quiso encargarse de su primera educación su abuela Sta. Macrina, y después se gloríaba nuestro Santo de que le hubiese enseñado los primeros principios de la religión aquella que los había inmediatamente bebido en la primera fuente de S. Gregorio Taumaturgo. Viendo su padre los grandes talentos que descubria su hijo para adelantar en las ciencias, le aplicó sin perder tiempo á los estudios, en los que hizo Basilio tan rápidos progresos, que habiendo aprendido cuanto había que aprender en las letras humanas, á los quince años le envió á la capital del imperio para que se dedicase á las facultades mayores. Conocido desde luego por su ilustre nacimiento, lo fué no menos muy en breve por la brillantez, por la estension y por la superioridad de su ingenio, igualmente que por la irreprehensible inocencia de sus costumbres, tanto mas sobresalientes, cuanto el licencioso desorden que reinaba en la ciudad era incentivo del vicio, y escollo de la virtud.

No teniendo ya que adelantar en Constantinopla, determinó pasar á Atenas, empóreo entonces de las ciencias, de la elocuencia y de las floridas letras de toda la Grecia, donde encontró á Gregorio de Nacianzo, que por el mismo fin había venido de Alejandría. Eran los dos, con corta diferencia, de una misma edad, de igual ingenio y de costumbres muy parecidas; circunstancias todas que estrecharon desde entonces aquella fina amistad que los unió indisolublemente hasta el último aliento. Señalóse muy desde luego Basilio entre toda aquella república de sabios por su elocuencia y por su profunda erudición; y como su aplicación era tan grande, en breve tiempo fué generalmente reconocido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Estaba muy versado en la historia; era eminente en la poesía; hablaba todas las lenguas sabias, y poseía con perfección todas las ciencias. Singularmente su filosofía y su dialéctica eran la admiración de toda la universidad; dedicóse también á la geometría, á la astronomía y á la medicina; pero en lo que mas sobresalió fué en el arte de hablar, de mover y de persuadir. No era

su elocuencia aquella verbosidad asiática, llena de palabras redundantes y de pensamientos superfluos, sino una elocuencia masculina, nerviosa, elevada, majestuosa y llena de un fogoso ardor. Ni por dedicarse al estudio de las ciencias profanas abandonó el de las divinas letras; antes bien estas eran todas sus delicias, como quien se había aplicado á ellas, digámoslo así, desde la cuna.

Mientras el ingenio y la sabiduría de Basilio daban materia á la admiración y á los aplausos de Atenas, concurrió á estudiar en la misma universidad Juliano, primo hermano del emperador Constancio, tan conocido después por el renombre de *Apóstata*. Movido de la gran reputación de Basilio y de Gregorio, solicitó su amistad; pero en su misma fisonomía descubrieron los dos santos no sé qué señales, que sacando al semblante las inclinaciones del alma, les dieron á conocer el monstruo que abrigaba el seno del imperio en aquel jóven; como lo manifestó después cuando arrancó tantos gemidos al corazón de la Iglesia.

Acabados sus estudios en Atenas, se restituyó Basilio á Cesarea, arrojándose ya á los veinte y siete años de su edad. Ejercitó desde luego la abogacía, defendiendo algunos pleitos con tan universal aplauso, que andaba ya deliberando si fijaría su profesión á este glorioso ejercicio, consagrando sus estudios á la defensa de la justicia, cuando el cielo se valió de su hermana mayor Sta. Macrina para retirarle de las vanidades del mundo. Hallábase esta santa doncella en compañía de su madre santa Emilia, después de haber hecho á Dios el sacrificio de su virginidad; y viendo que su hermano se dejaba llevar con algun exceso de los aplausos que le granjeaban su reputación y sus talentos, le habló un dia con tanta eficacia y con tanta mocion sobre la falsa brillantez de los aparentes bienes de esta vida, que desde aquel punto tomó la generosa resolución de volverlos las espaldas, y de anhelar únicamente por los inmutables y verdaderos de la eterna.

«Véote, hermano mio (le dijo la iluminada doncella), cubierto de honor, de estimación y de gloria. La elevación de tu ingenio, la majestad de tu elocuencia, esa profunda sabiduría que te adorna, son el asombro del público, y embelesan tu corazón con las mas lisonjeras esperanzas. ¿Pero será posible que sabiendo tú todo cuanto hay que saber, no cargues la consideración en lo que ha de venir á parar todo ese humo? ¿será posible que esa despejadísima capacidad no advierta que todo es apariencia cuanto ostenta esa engañosa brillantez, y que no aspire á gloria mas consistente, á mas sólidos honores? Créeme,

no tiene el mundo todo cosa digna de tu generosa ambicion. Tu salud es débil; pon los ojos en una fortuna que no dependa de las felicidades, ni de los caprichos de esta vida; yo no veo otra cosa que sea digna de tu nacimiento, de tu espíritu y de ese grande corazón, que la santidad y la virtud.»

Convencido Basilio con las razones de su santa hermana, pero mucho mas movido por el interior impulso de la divina gracia, no la dió otra respuesta que la que le salió á los ojos en un sosegado llanto: *Entonces* (dice el Santo en una de sus epistolas) *desperté como de un profundo sueño, comencé á descubrir sin nubes la luz del Evangelio, y conocí por la primera vez la vanidad y la inanidad de la humana sabiduria.* Resolvió, pues, no dedicarse al ejercicio de otra ciencia que á la de los santos, y partió en busca de modelos y de maestros á Egipto, á Palestina y á otras partes. Encontró muchos en aquellos vastos desiertos, y aprendió tantas lecciones cuantos grandes ejemplos notó en los anacoretas que los poblaban. Tuvo con ellos muchas conversaciones y conferencias espirituales, á las cuales somos deudores de aquel admirable tratado que se intitula: *La moral de S. Basilio.*

Cuando volvió á Cesaréa le ordenó luego de lector el obispo Dianéo, temiendo que otra iglesia se adelantase á apropiarsele; pero no perdiendo por eso su inclinacion á la soledad, se juntó con ciertos solitarios, cuya vida parecia acercarse mucho á la que hacian los monges de Egipto y del Oriente: *Eran unos hombres* (dice el mismo Santo en la epistola 97) *de un exterior modesto, humilde y mortificado; su hábito rústico y grosero, con una vida en la apariéncia penitente, me hicieron creer que adelantaria mucho mi espíritu en su trato y compañía.* No faltaron algunos que le advirtieron como aquellos hombres estaban notados de sospechosos de arrianismo; pero viendo las bellas exterioridades de su afectada virtud, creyó que aquellos dichos eran efectos de la maledicencia y de la envidia; hasta que habiéndolos tratado mas de cerca, reconoció eran lobos carnívoros cubiertos con piel de mansas ovejas: desde aquel punto se declaró enemigo mortal del arrianismo, cuyos parciales no tuvieron contrario mas formidable.

Impelido siempre de su amor á la soledad, se retiró á un desierto de la provincia del Ponto, donde él solo practicó todas las grandes virtudes que había observado en los anacoretas de Egipto y de Palestina. Traía siempre inmediato á las carnes un áspero cilicio que cubria cuidadosamente con un hábito grosero para no hacer ostentacion de la penitencia; siendo sus ayunos tan

continuos y tan rigurosos, que estragada del todo su salud, naturalmente delicada, parecia un esqueleto animado; y no seria temeridad decir que sin milagro no parecia posible se conservase su vida los treinta años que vivió despues.

Hicieronse famosos los desiertos del Ponto con el retiro de Basilio, concurriendo de todas partes mucho número de personas para entregarse á su gobierno. Diólas unas reglas en que se contenia la mas elevada perfeccion; y fueron, por decirlo así, como la fuente universal donde bebieron las suyas los santos fundadores de las sagradas familias. Hicieron cuanto pudieron los vecinos de Neocesaréa para llevar al Santo á aquella ciudad; pero no fué posible vencerle á que abandonase su retiro, hasta que le obligó á ello el zelo y la caridad. Estos dos motivos le arrancaron de él, poniéndole en precision de partir á Cesaréa para hacer presente al obispo lo mucho que había escandalizado á la Iglesia firmando el famoso formulario de Rimini. Conoció el prelado que le habian engañado, y reparó el escándalo con su pública retractacion.

Muerto el obispo de Cesaréa, le sucedió Eusebio en aquella silla; y conociendo bien el extraordinario mérito de nuestro Santo, sin dar oidos á su humildad ni á su resistencia, le ordenó de presbítero, y luego le mandó que predicase en su iglesia. Aunque Basilio se halló precisado á dejar su amada soledad, no por eso perdió la inclinacion al retiro, viviendo en medio de Cesaréa como pudiera en el Ponto, en cuanto le permitian las funciones de su sagrado ministerio; bien que no con tanta tranquilidad como en el desierto, por cierta indecente emulacion que desconcertó su sosiego. Entró en zelos el obispo á vista de la universal estimacion y de la general confianza que mereció á todos Basilio, y le dió no poco en que merecer. Tratábale con tanto desabrimiento, y aun con tanta indignidad, que faltó poco para que todos los buenos se amotinassen contra el prelado; y se hubiera introducido un cisma en la iglesia de Cesaréa á no haberle prevenido la prudencia de nuestro Santo, que secretamente se huyó de la ciudad, y se retiró á su desierto del Ponto. Siguióle á él su amigo Gregorio de Nacianzo; pero como la iglesia de Cesaréa no podia vivir sin Basilio, el mismo obispo Eusebio empeñó á S. Gregorio para que restituyese á ella á su amigo; el que no se hizo mucho de rogar, especialmente cuando llegó á entender que los arrianos triunfaban con su ausencia, prometiéndose echar por tierra la fe en Cesaréa. Noticioso de su vuelta el emperador Valente, ciego fautor del arrianismo, hizo cuanto pudo para ganarle á nuestro Santo en favor de su partido; pero despreció sus promesas y se

burló de sus amenazas, sirviendo unas y otras para encender mas su zelo, y tener mas alerta su vigilancia en defensa de la religion.

Murió en este tiempo el obispo de Cesaréa; luego comenzaron los arrianos á poner en movimiento cuantas máquinas y artificios pudieron discurrir para que recayese la futura eleccion en sugeto de su parcialidad, cundiendo el espíritu de division hasta en los mismos católicos; pero pudo mas el mérito que la maquinacion, y salió electo Basilio. En vano se resistió, se escapó y se empeñó en ocultarse; fué preciso, al fin, rendirse á tan visible disposicion de la divina Providencia, y fué consagrado el dia 14 de junio de 370. Triunfó la religion católica luego que Basilio ocupó el trono episcopal. Con su agrado, con su humildad, con su virtud y con su mérito se hizo dueño de los ánimos que habia enajenado el artificio de los mal contentos. Comenzó á predicar al pueblo, y acompañada siempre la eficacia de sus palabras con la energia mayor de sus ejemplos, hizo tanta impresion en los corazones, que á poquíssimos dias ya no se conocia á sí misma la ciudad de Cesaréa. Su vigilancia pastoral no le permitia ignorar las necesidades de sus ovejas, y en su inmensa caridad encontraba siempre fondos para remediarlas; de suerte, que solamente los pobres sabian en rigor hasta donde alcanzaban sus rentas.

Vióse revivir en Cesaréa el espíritu y el fervor de la primitiva Iglesia, pasando los fieles en ella muchas veces desde media noche hasta el mediodía siguiente; *y qué consuelo es para mí (escribe el Santo á un amigo suyo) verlos comulgar á todos el miércoles, el viernes, el sábado y el domingo de cada semana!* Reformó las costumbres en todo el obispado con sus frecuentes visitas; restituyó la disciplina eclesiástica á su primer vigor, y la vida de los monges á su primitivo espíritu, dirigiendo gran número de personas en el camino de la perfeccion, tanto por cartas como de viva voz, y manifestando en todo su ardiente zelo por la salvacion de las almas.

Siendo muy estrechos los límites de su diócesi, y aun de toda la provincia, para contener su caridad, rompió aquellas ceñidas márgenes, y se dilató á toda la Iglesia universal. Ligado intimamente con S. Atanasio, con S. Melecio, con todos los obispos santos del Oriente, pero singularmente con la silla apostólica de Roma, declaró guerra mortal al arrianismo; hizo cuanto pudo por reducir á los macedonianos; fué azote cruel de cuantos enemigos conspiraron contra la divinidad y contra la humanidad de Jesucristo, siendo generalmente reconocido por uno de los mas ardientes y mas generosos defensores de la religion católica que ilustraron la Iglesia, y venera la memoria en aquel siglo.

Persiguióla con furor el emperador Valente, habiendo abrazado sin disimulo el arrianismo; y no se olvidó de Basilio en su cruel persecucion. Descubrió nuestro Santo la hipocresia y los errores de Eustaro, obispo de Sebaste; y animado éste de la venganza que le inspiraba su misma confusion, determinó perderle, enconando contra Basilio el ánimo del emperador; hazáña. que le costó poco esfuerzo. Irritado el príncipe furiosamente contra él, partió á Cesaréa; y cuando estaba ya muy cerca de ella, despachó un oficial llamado Modesto, con orden de intimar de su parte al obispo, que ó comunicase con los arrianos, ó saliese desterrado de la ciudad. Entró en ella Modesto con mucho estrépito; hizo llamar á S. Basilio; y sin respetar su dignidad ni su persona, le preguntó luego con grosera altanería: *Dime, pobre hombre, ¿en qué piensas cuando no quieres obedecer al emperador, á quien se rinde todo el mundo? Pienso...*, le iba á responder nuestro Santo con su natural gravedad, serenidad y compostura; pero interrumpiéndole Modesto añadió luego: *Pensaras en que no eres de la religion del emperador. Y bien, ¿qué motivo tendrás para no serlo? Porque Dios me lo prohíbe*, respondió Basilio. *¿Pues por qué casta de hombres nos tienes á nosotros?* replicó el oficial. *Por unos hombres ilustres, segun el mundo, dignos de nuestro respeto; pero que al fin no sois la regla de lo que debemos creer*, respondió el obispo. Irritado Modesto á vista de tan generosa constancia, le dijo enfurecido: *Por lo menos ya temerás experimentar los efectos de mi poder. ¿Qué efectos?* replicó Basilio. *La confiscacion, el destierro, los tormentos, y aun la misma muerte*, respondió el oficial. *Nada de eso habla conmigo*, repuso el obispo: *el que nada tiene, no teme la confiscacion; salvo que necesites estos trapos viejos y algunos pocos de libros; á esto se reducen todos mis bienes. Destierro no le conozco, porque para mí todo el mundo lo es, no reconociendo otra patria que la celestial: los tormentos poco dañan pueden hacer á quien apenas tiene cuerpo para padecerlos; al primer golpe se acabarán todos para mí: la muerte no la temo como castigo, antes la deseo como gracia, pues me llevará cuanto antes á mi Dios, para quien únicamente vivo. Asombrado Modesto de aquel teson, dijo al Santo: Hasta ahora ningun hombre ha tenido valor para hablarme de esa manera. Será sin duda*, respondió Basilio, *porque hasta ahora no habrás tratado con algun obispo, que estos en semejantes ocasiones no se explican de otro modo. A lo menos*, replicó el oficial en tono mas moderado, *ya estimarás en algo tener en tu ciudad al emperador; y en conclusion todo se reduce á quitar del simbolo la palabra con-*

sustancial. Yo estimaria mucho, repuso el Santo, ver al emperador reconciliado con la Iglesia, y exento de todo error en la fe; y por lo que toca al simbolo, no solo no sufriré que se quite ni añada una sola palabra, pero ni aun toleraré que se altere la material colocacion de las voces. En fin, concluyó Modesto, vete con Dios, y doyte toda esta noche para que lo pienses bien. Mañana seré el mismo que hoy, respondió Basilio. Despidióle el oficial con bastante urbanidad; y partiendo en diligencia á encontrarse con el emperador, le dijo no habia que esperar cosa alguna del obispo de Cesaréa.

No pudo Valente disimular la grande estimacion que hacia de aquella heróica virtud. Quiso concurrir á la iglesia el dia de la Epifania; dejése ver en ella rodeado de sus guardias; quedó admirado cuando vió el concurso del innumerable pueblo, pero mucho mas cuando notó el orden, la modestia y la majestad con que se celebraban los divinos officios, á los cuales asistió, y oyó el sermon que predicó nuestro Santo. Parecia Basilio en el altar un hombre enteramente divino, y los muchos ministros que le asistian mas se le representaban ángeles que hombres. Llenóle de tanto asombro aquel augusto teatro, que casi le dió un desmayo, y no se atrevió á acercarse al altar para llevar él mismo su ofrenda, y mas cuando observó que ninguno se presentaba para recibirla, temiendo seguro el desaire de que no se la admitiesen. Pero lejos de ofenderle aquel teson invencible de Basilio, le estimó mas desde entonces, y quiso tener algunas conversaciones con él. Hallóse presente á todo S. Gregorio de Nacianzo, quien asegura habló Basilio con tanta elevacion sobre las materias de la fe, que todos los asistentes quedaron como estáticos, y todos fueron testigos de la admiracion del principe, que tributó grandes honores al Santo, le dió muchas y muy ricas posesiones para sustentar á los pobres leprosos, y cesó de perseguir á los católicos; bien que duraron poco estas treguas de la persecucion; porque los arrianos, que perpetuamente tenían sitiado al emperador, le hicieron aprender se interesaba el honor de su soberanía en obligar á Basilio á entrar en su comunión, tomando por pretesto para desterrarle su constante y valerosa resistencia. Espedido el decreto de destierro, estaba todo dispuesto para la ejecucion, entrada ya la noche, porque el pueblo no lo llegase á entender, prevenido el carruaje, y pronto Basilio para partir, cuando de repente se halló asaltado de una ardiente y maligna calentura, que le puso á las puertas de la muerte, el hijo del emperador, llamado Galates, niño de pocos años, y la emperatriz su madre atormentada de vivissimos do-

lores. Entendieron todos que aquel accidente era justo castigo de la violencia y de la injusticia con que se trataba á S. Basilio, y mas cuando apurada toda la habilidad de los médicos, se reconoció no habia remedio humano para la vida del principe. Recurrió entonces á las oraciones del Santo, que ya estaba para meterse en el coche y salir á su destierro, cuando recibió un recado muy respetuoso de Valente, rogándole pasase á ver á su hijo. Partió derecho á palacio, y luego que entró en él se sintió el principe muy aliviado; pero Basilio protestó que no pediria á Dios por su vida, sino con la precisa condicion de que se le habia de permitir instruir al principe en la religion católica; la que aceptó el emperador, como lo testifica S. Efen. Entonces hizo oracion S. Basilio, y al punto quedó el niño enteramente sano; pero olvidado despues Valente de lo que habia prometido, y engañado de los arrianos, dejó que le bautizase un obispo de esta secta, y recayendo el principe en su enfermedad, murió dentro de pocos dias. Ni por eso abrió los ojos el emperador para reconocer el origen de su desgracia, porque se los tenían vendidos los arrianos, y á persuasion de ellos, segunda vez resolvió desterrar á S. Basilio. Tomó una pluma para firmar el decreto, y se le hizo pedazos entre las manos. Cogió otra segunda, y negándole la tinta, jamás pudo formar una letra con ella; echó mano de la tercera, y rompiéndose luego en muchos trozos, le comenzó á temblar la mano, llenándose de pavor. Hizo pedazos el papel, revocó la orden, y dejó en paz á Basilio.

Fué testigo de tantos prodigios Modesto, prefecto del pretorio, y asombrado de ellos se convirtió á la fe, siendo en adelante uno de los mas firmes y mas zelosos católicos. No fué tan dichoso Eusebio, vicario del mismo prefecto. Mandó sacar de la iglesia á una viuda que se habia refugiado á ella; y oponiéndose á esto S. Basilio, le hizo comparecer en su tribunal. Cuando le vió en él, mandó que le quitasen la capa; alargóla luego el Santo, añadiendo estaba pronto á despojarse tambien de la túnica. Ofendióse el vicario de esta noble intrepidez, teniéndola por insulto, y le amenazó con que le haria castigar; desnudó Basilio parte del esqueleto de sus huesos, cubiertos de la arrugada piel, diciéndole estaba aparejado para recibir los golpes. Cegóse Eusebio de cólera, y arrebatado de ella iba á precipitarse en los mayores escesos, cuando le dieron noticia de que sabedor el pueblo del tratamiento que hacia á su santo obispo, se habia alborotado, y tenia sitiado el palacio del mismo prefecto, resuelto á tomar venganza. Lleno de pavor Eusebio, se arrojó á los pies de Basilio, pidiéndole perdon con la mayor humildad, y rogándole apreta-

damente le sacase de aquel peligro. Compadecióse el Santo, sosegó el tumulto, y salvó al prefecto la vida.

Dejándole ya en paz el emperador y sus ministros, consagró al Señor esta quietud y el corto resto de sus débiles fuerzas corporales: En medio de las mas laboriosas ocupaciones nunca perdió de vista el estado religioso. Mantuvo siempre algunos monjes cerca de su persona, gobernándolos y educándolos en la vida monástica. También habia en Cesarea un monasterio de monjas, que gobernaba una sobrina del mismo S. Basilio, cuya iglesia estaba dedicada á los cuarenta Mártires, venerándose en ella sus reliquias; y así estas religiosas como otras que estaban á su cargo, son las que en sus escritos llama *canónicas* ó *canónicas*; esto es, doncellas ó vírgenes consagradas á Dios, que viven debajo de alguna regla. En las que compuso el Santo para personas religiosas, se hallan muchas que hablan derechamente con mujeres, y las penitencias particulares que se imponen en ellas, casi todas son por las faltas que cometen en el demasiado hablar.

En todo estaba su vigilancia pastoral. Erigió en Sasimo un obispado, para el cual nombró á S. Gregorio de Nacianzo; ejecutando lo mismo en otras ciudades de su provincia, á las que proveyó de santos y vigilantes pastores. Restituyó á su antiguo vigor la disciplina eclesiástica secular y regular, dando reglas para su gobierno á todos los estados. Como acérrimo defensor de la fe católica, persiguió valerosamente la herejía, atacándola hasta en sus últimos atrincheramientos. Llegó á no tener en su cuerpo otra cosa sana mas que la mano y la cabeza; pero no por eso fué menos útil á la Iglesia. Fueron tantas las doctas y admirables cartas que escribió, que cuando no tuviéramos mas obras suyas, debiéramos admirarnos de que hallase tiempo para escribir tanto un hombre de tan poca salud, quebrantada con tantas y tan espantosas penitencias, y ocupado en tantos, tan graves y tan diferentes negocios. Las que escribió á S. Anfiloquio contienen todos los principios de la doctrina cristiana; y con mucha razon se dice que en solos los escritos de S. Basilio tenemos una completa librería. Fuera del compendio ó suma del *moral*, de que ya hemos hablado, nos dejó un tratado del *Espíritu Santo*; la obra de los seis dias, el tratado sobre algunos salmos, otro sobre *Isaias*, cinco libros contra la herejía de *Eunomio*, dos sobre el bautismo, uno de la virginidad, y diferentes homilias sobre asuntos escogidos; admirándose en todos la claridad de su pluma, el nervio de sus razones y el vigor de su elocuencia; siendo muy pocas las obras de los doctores, y aun

de los santos Padres de la Iglesia, que sean mas instructivas y hagan tanta impresion.

Acercábase el fin de la vida de nuestro Santo, cuando san Efreñ, diácono de Edesa en Mesopotamia, movido de su gran reputacion, vino espresamente por conocerle, por tratarle y por oírle. Al primer sermón que le oyó, comenzó á deshacerse en alabanzas de S. Basilio delante de todo el pueblo. Preguntóle el Santo la razon, y respondió: *Porque mientras tú estabas predicando, estaba yo viendo sobre tus hombros una paloma de maravillosa blancura que te estaba sugiriendo todo lo que decias.* Pocos dias despues de esta visita quiso el Señor premiar los trabajos de su siervo, cuya solicitud pastoral le acompañó hasta el último suspiro; pues poco antes de espirar impuso las manos sobre muchos de sus discípulos para proveer de ministros dignos á todas las iglesias que tenían falta de ellos. En fin, lleno de merecimientos entregó el alma á su Criador el primer dia del año de 379, siendo de solos cincuenta y uno de edad; llorado no solo de los buenos, sino hasta de los judíos, y aun de los mismos paganos. Toda su provincia le lloró como á su padre, y en toda la Iglesia fué venerado por modelo de obispos católicos, y por doctor de la verdad. Desde el mismo dia en que murió comenzó á solemnizarse su fiesta, de manera que las honras fueron triunfos, y fueron generales. Pronunciaron su panegírico su hermano S. Gregorio Niseno, S. Anfiloquio, S. Efreñ y S. Gregorio de Nacianzo. Dióse á su cuerpo sepultura en la iglesia catedral, ansiando todos por lograr alguna reliquia suya. Las familias religiosas le pueden justamente considerar como su primer patriarca, y la Iglesia universal le honra como á uno de sus más ilustres doctores.

LOS SANTOS ANASTASIO, PRESBITERO; FELIX, MONGE; Y
DIGNA, VIRGEN.

Mucho ánimo puso en los pechos de los cristianos de Córdoba el ejemplo del santo monge Fandila que, como dejamos dicho en el dia de ayer, en la persecucion del cruel Mahomet vindicando la honra de la religion ultrajada, dió la vida por Jesucristo. Al dia siguiente salieron tres ilustres campeones á seguirle en la gloria del triunfo.

El primero de estos fué ANASTASIO, natural de la misma ciudad de Córdoba, el cual se habia educado desde sus primeros años en laudables costumbres, é instruido en las ciencias en la iglesia de S. Acisclo, bajo la enseñanza de los sabios maestros